

DECONSTRUIR LA HISTORIA

por Fernando Albán

La deconstrucción evocada en el título del presente texto no equivale, en lo absoluto, a una suerte de destrucción con miras a producir, posteriormente, la reconstrucción de la historia. Esta aspiración, sin embargo, forma parte de un mundo que se sostiene al filo de la razón, entendida esta como facultad subjetiva del espíritu. El mundo *de* la razón subjetiva es el que tiene como preocupación esencial la congruencia del método o el cálculo abstracto que tiende a la armonización entre los medios y los fines, sin importar cuál sea el valor intrínseco de estos últimos.

En el *Discurso del método*, Descartes señala la necesidad de conformarse a las leyes de la naturaleza; leyes que son la expresión de la inmutabilidad divina. Todo lo que es y ocurre en el mundo obedece a aquellas leyes que no han sido solamente inscritas por Dios en la naturaleza, sino también en las almas. En tales condiciones el trabajo de la razón subjetiva consiste en llevar la inscripción divina a la conciencia y en actuar en conformidad con ella. La conformidad o la adaptación al dictamen inmutable es el efecto requerido por la introspección que, al mismo tiempo, posiciona a la conciencia como juez del ordenamiento del mundo.

La subjetividad – que en los términos de Heidegger es la esfera de la presencia interior e invisible – opera la transformación de las cosas en objetos; operación que lleva a las cosas hacia la interioridad y la invisibilidad. La objetivación, que tiene como correlato necesario a la conciencia productiva, vuelve únicamente perceptibles a las cosas-objetos en la medida en que estos cumplen con una determinada función mercantil. Así, la invisibilidad de las cosas, hecho que coincide con la caducidad de los objetos, es contrarrestada con la ayuda de esquemas ficticios de objetos calculados y fabricados, para de inmediato ser remplazados luego de su consumo o destrucción inminente.

En la era de la dominación de la objetividad se imbrican la mercantilización del mundo, que se sostiene en la absolutización del valor de cambio, con la producción intensificada de patrones de comportamiento y hábitos culturales que llevan a la formación del individuo atomizado, cuyo retiro en la interioridad e invisibilidad es exigido

por la razón; es decir, por la conservación de sí mismo. Para el individuo atomizado, la invisibilidad es el precio a pagar por convertirse en un ser útil, puesto que la utilidad lleva necesariamente a la adaptación y no es un azar si ambas son consideradas como categorías del orden social.

Para Horkheimer, el principio darwiniano del más fuerte - solo los mejor adaptados sobrevivirán - expresa de la manera más fiel la sinrazón de la razón y de la conducta subjetiva ("Adaptarse significa volverse semejante al mundo de los objetos, en bien de su propia conservación", Max Horkheimer, *Eclipse de la razón*). Pero, antes que Darwin proponga la ley natural de la supervivencia del más fuerte, Kant, con la formulación del imperativo categórico, desarrolla, en el ámbito de la moral, la exigencia que lleva a la adaptación: el individuo razonable debe someterse necesariamente a la ley universal que se halla inscrita en su propia e invisible interioridad. El imperativo kantiano torna invisible la materia de la acción, puesto que solamente conserva el principio formal y la pura intención, independientemente de cuáles puedan ser las consecuencias materiales de la acción. El sometimiento incondicional a la ley moral no solo convierte al individuo en una entidad abstracta sino que también exige de él su atomización a cuenta de la autonomía de la razón, pues esta última encuentra en sí misma la ley a la que debe conformarse. Solo una razón que ha conquistado su autonomía es capaz de desplegar a partir de sí misma el concepto de realidad y la realidad toda. ("Pero una filosofía que no admite ya la suposición de su autonomía, que ya no cree en la realidad fundada en la *ratio*, sino que admite una y otra vez el quebrantamiento de la legislación racional autónoma por parte de un ser que no se le adecua ni puede ser objeto, como totalidad, de un proyecto racional, una filosofía así no correrá hasta el final el camino de los supuestos racionales, sino que se quedará plantada allí donde le salga al paso la irreductible realidad", Adorno, *Actualidad de la filosofía*). Asumir la irrupción de lo irreductible significa renunciar a producir y aprehender la totalidad de lo real, para de esa manera poder saltar en lo pequeño, en "las medidas de lo meramente existente". Pero esto es posible solo si el pensamiento sabe atenerse y mantenerse en el ámbito de la concreción histórica.

Una vez que hemos llegado a este punto es necesario subrayar el alcance del gesto heideggeriano en la deconstrucción de la apropiación subjetiva de la historia. Heidegger piensa la esencia hombre como construida por la temporalidad. Al contrario de lo propuesto por la razón subjetiva, no es el sujeto el que sostiene al tiempo sino, a la

inversa, el tiempo es la posibilidad misma de lo humano. Pero para que esta inversión se cumpla es preciso sustraer al tiempo de la esfera interior e invisible de la conciencia productiva; esfera en la que ha sido convertido en quantum del cálculo. La objetivación vuelve invisible, es decir, homogeniza al tiempo asimilándolo a la presencia interior, llevándolo al presente de la conciencia. Solamente así el tiempo puede encajar en el movimiento circular de las manecillas del reloj que miden el despliegue del tiempo remitiéndolo siempre al aquí y al ahora que indican la centralidad del sujeto. Tal centralidad solo puede ser ocupada por un individuo que busca en todo instante volverse útil y productivo, que disuelve su esencia en el frenesí de una actividad sin tregua; para un individuo tal, el tiempo solo puede ser oro. En definitiva, la mercantilización del tiempo lleva al hombre moderno a no tener tiempo.

El tiempo solo puede ser objetivado en la medida en que frente a él se encuentre un ente abstracto carente de tiempo o que se halle fuera del mismo. Así, la historia y el mundo salen al encuentro del hombre sin tiempo como parándose ante el presente de la conciencia. Presente inagotable del trajín sin tregua en el que el hombre, autoposicionándose en contra del tiempo, del mundo y de la historia, pesa, evalúa, convirtiéndose en el mediador de todo en contra de todo. El hombre abstracto, sin tiempo, es el mercader. Es así que la historia es constantemente evaluada, medida a partir del presente de la presencia del sujeto, sin que él mismo sea o se encuentre en la historia. Por el contrario, el *ego* que se presenta en el presente se retira siempre a la esfera interior e invisible de la conciencia.

Frente a la interpretación subjetiva del tiempo y de la historia, Heidegger sostiene que la esencia del hombre es en sí misma histórica. Pero esto presupone que la posibilidad de acceder a la temporalidad y con ella a la historia se funda en la relación cierta e incierta con la muerte. Solo de cara a la muerte, es decir, de cara a lo que no puede ser objetivado, el ser humano se halla en condiciones de acceder a la historia. La muerte es la posibilidad más extrema del ser-relativamente-al-fin; posibilidad que singulariza y mantiene la esencia hombre siempre inacabada, en curso, por hacerse, pues antes del fin nunca se es lo que estrictamente se puede ser y cuando es lo que puede ser, ya se ha dejado de ser. De esta manera, existir no significa estar dado o acabado, es más bien una constante e imposible realización.

Solo desde la inminencia de lo cierto-incierto que se anuncia en el futuro la existencia se despliega en el horizonte de la temporalidad. Esto determina que la relación del hombre con la historia sea tejida por una disposición afectiva y no teórica, como es el caso del racionalismo subjetivo en el que el sujeto trascendente, ahistórico, soporta el peso del tiempo en el acto de reflexión. Kant tenía razón cuando sostuvo que el triunfo de la razón es el sentido oculto de la historia mundial, sobre todo si se considera que dicho triunfo recayó a favor de la apropiación subjetiva de la historia.

Por otro lado, resulta extremadamente complejo poder establecer la parte de razón subjetiva que subsiste en la interpretación heideggeriana de la historia. En todo caso, Heidegger llevó a cabo una importante labor crítica tendiente a deconstruir la subordinación de la historia a una mitología estática cristalizada en la subjetividad del sujeto. Pero, como señala Adorno, es importante también advertir que con Heidegger la historia adquiere un estatuto ontológico, al haberla convertido en la estructura global del ser. Es decir, a pesar de la importancia del gesto crítico llevado adelante por Heidegger, este no logra resistir a la tentación idealista de la totalidad. Posiblemente el filósofo de la metafísica de la muerte, es empujado a ontologizar la historia para hacer frente al empirismo historicista, pero aquello equivalió a anular los alcances de su gesto crítico.

¿Qué resta por hacer en el esfuerzo por deconstruir la historia? En adelante no se trata de ir *más allá* de las posiciones subjetivas de la historia, pues, como lo señaló el propio Heidegger, esta pretensión equivaldría recaer en el gesto metafísico inaugurado por Platón. No se trata tampoco de comenzar nuevamente desde cero, pues con ello se introduce la interrogación sobre la historia en la esfera de la metafísica de la subjetividad: un nuevo y radical comienzo corre siempre a cuenta de la basta interioridad del sujeto. Se trata simplemente, y con ello es preciso mirar en dirección de la escuela de Francfort, de llevar el camino más adelante, hacia una revisión de la cuestión; revisión que implica moverse en dirección de una interpretación materialista de la historia. Llevar el camino más adelante exige no perder de vista a un cierto Marx y a otros que como él supieron deconstruir los elementos que, en la historia, tendían a ser convertidos en una mitología de lo estático con el propósito de impedir la irrupción de lo transitorio. No se trata entonces de ontologizar la historia sino de historizar la ontología, es decir, se trata de marcar con el sello de lo transitorio la estructura mitológica u ontológica.

Pero las cosas no quedan ahí, pues frente al riesgo del historicismo subjetivo es preciso un giro adicional que permita reconocer que en "todo Ser llegado a Ser" hay un resto irreductible de protohistoria, de mitología. Esto significa que la historia no solo contiene estado de cosas o hechos reales sino que estos están atravesados de parte a parte por la mitología. Así, la historia se da siempre como la discontinuidad existente entre un material natural, mítico-arcaico, y lo nuevo que emerge como irrupción de lo que está es curso de aparición ("La dialéctica histórica no es un mero retomar lo protohistórico reinterpretado, sino que los mismos materiales históricos se transforman en algo mítico e histórico-natural", Adorno, *Actualidad de la filosofía*).

La deconstrucción de la historia consiste, entre otras cosas, en saber reconocer que lo mítico-arcaico no subyace en la historia de forma substancial, estática, sino adherido a lo nuevo. Esta adherencia, que desdobra al acontecimiento, impide que la irrupción de lo irreductible sea apropiada, asimilada por la razón subjetiva de manera total. Lo propio de la irrupción de lo irreductible es justamente resistir a la apropiación subjetiva. Se podría pensar entonces que aquí se abre el espacio para una política de la resistencia.